

## Los nadies



Pedro Martín González

Lo primero que me vino a la memoria cuando leí aquella tajante expresión, fue ese poema de Eduardo Galeano que lleva por título: “*Los nadies*”. El escritor uruguayo realiza en él un valiente alegato en defensa del diferente dando voz a los oprimidos, marginados, excluidos. También, desde otra perspectiva, a quienes son inconformistas y rebeldes.

Un reputado maestro afirmaba rotundo que, en el contexto de las Artes Marciales Clásicas, aquella escuela de armas sometida a crítica en un debate no significaba nada. Defendía tal postura por situarla lejos de la línea oficial, a la que él decía pertenecer. Tampoco, nada, representaba el *Sensei* en ejercicio, un hombre sencillo y afable que se había ganado el respeto por ser como era. Y, por supuesto, en nada consideraba a los alumnos de éste, muchos de ellos, hombres y mujeres involucrados en el Bujutsu desde hacía décadas.

Tales coyunturas resultaban insuficientes. Él, que se decía conocedor de la tradición, que pasados ya los sesenta años miraba el hecho desde la distancia que otorgan los años de experiencia acumulada, fundamentaba sus afirmaciones en una afirmación categórica: aquella cultura, situada a diez mil kilómetros de la ciudad donde residía y alejada de nuestro espacio-tiempo por seis siglos de historia, no guardaba secretos para él. Impertérrito, el experto sentenció en el foro de debate: “*Son, nadie*”.

Alguien me pidió opinión y, como estaba alejado de tales batallas, me cogió desprevenido. Después, hilando aconteceres de mi propia historia vital, remití una carta a mi amigo contestándole desde un contexto dispar aunque, a mi modo de ver, podían establecerse paralelismos entre ambas situaciones si se hacía el esfuerzo de interpretarlas en clave similar.

Sucedió que había decidido viajar a la India. Aquel país, entonces poco visitado y promocionado por los hoy multitudinarios tours operadores, se había convertido en una obsesión para mí y deseaba, antes que ninguna otra cosa, zambullirme en su cultura. Nunca antes había acometido una empresa parecida. En efecto, hasta aquel mismo instante mis lecturas me proporcionaban material suficiente para opinar sobre los más variados aspectos del quehacer humano, ayudándome a ejercer una de mis inquietudes favoritas: la escritura. No obstante, en un momento dado de mi proceso personal, tomé la decisión de escribir mis propios libros.

Intuía que visitar un país para destapar sus secretos iba a ser una tarea del todo diferente al hecho de interpretar las impresiones que otros dejaban escritas en sus obras. El proceso sería largo -pensaba- y necesitaría años para comprender, siquiera en lo más esencial, el espíritu de aquel pueblo al que yo tanto admiraba y respetaba.

Mis primeros viajes no hicieron sino confundirme. Organicé las rutas siguiendo un esquema típico: lugares emblemáticos, centros de peregrinación conocidos, núcleos de población donde la vida bullía y podía escuchar el latido de miles de personas anónimas, paisajes grandiosos, sugerencias de otros viajeros, etcétera. Aquellas primeras experiencias se alargaron por espacio de uno, dos o tres meses de estancia y me condujeron de Norte a Sur y de Este a Oeste de la vasta geografía del Subcontinente. Trazando en un mapa todos y cada uno de los viajes que llevé a cabo en aquellos años, el dibujo resultante tomaba la forma de una cuadrícula tupida, una red que enmarañaba el extenso contorno del país engulléndolo entre líneas horizontales y verticales y adueñándose de toda su superficie.

Yo, en la ingenuidad de mi fuero interno, confundía el valor del tiempo reposado con un número indeterminado de visitas atropelladas y ocasionales, creía ver las mismas y repetidas facciones entre miles de personas que deambulaban por los mercados o las estaciones de ferrocarril sin distinguir etnias, grupos tribales, minorías, autóctonos o emigrantes; pensaba, además, que todas aquellas lenguas que escuchaba desde la distancia pertenecían a una misma familia. Sí, confieso que llegué a creer que serían pocas las experiencias, escasos los paisajes y casi nulos los secretos que podían volver a sorprenderme en futuros viajes. Nada más lejos de la realidad, como comprendería más tarde, pues uno solo de aquellos hombres y mujeres con los que me cruzaba en las atestadas callejuelas de Kolkata, Mumbai o Chennai, uno solo de esos campesinos anónimos que luchan a diario contra las áridas planicies de Andra Pradesh, uno, entre muchos, de los innumerables barqueros que atraviesan los canales de Kerala para lanzar sus humildes redes al agua, un humilde montañés de Himachal Pradesh, cuchillo al cinto, bonete nepalí y soga de esparto entre las manos, dispuesto a transportar cualquier cosa a través de los caminos escarpados de aquel Estado, cualquiera de ellos -decía- guardaba en su código genético mucha más información de la que yo, atrevido observador puntual, viajero de ida y vuelta, pudiera llegar a reunir en decenas de viajes.

Sucedía que cuanto más viajaba, más ignoraba. Cuanto más miraba, más información registraba y nuevos registros venían a buscarme; cuanto más debatía, nuevos puntos de vista aparecían para contrarrestar los míos y ayudarme a ampliar mi perspectiva; cuanto más leía, mayor número de libros llegaban a mis manos trayendo consigo rutas alternativas nunca antes imaginadas.

Sí. Me di de bruces contra la realidad. A medida que iba conociendo el país, ignoraba más acerca de él.

Si los mitos están ahí para ser derribados y nuestra lucha consiste en alcanzar a ver más allá del espacio que éstos ocupan -algo que uniría a un profundo sentido

de la libertad- había llegado a una conclusión, a una deducción que no hacía sino despejar un horizonte hasta entonces ocupado por el conocimiento aprehensible: nunca llegaría a atrapar en su totalidad aquella cultura milenaria, aquella civilización tan cargada de acontecimientos históricos, gentes diversas, lenguas imposibles, infinitos paisajes, registros musicales inacabables e incontables colores.

Aquel que sabe, no habla. Quién habla, no sabe. El hombre valiente es ese que se atreve a mirar en profundidad, pues esa mirada le devuelve su verdadera realidad, una realidad que le muestra su profunda ignorancia, una ignorancia que le abrirá las puertas de la libertad, condición imprescindible para acometer un verdadero aprendizaje. De esta manera, la asunción de la ignorancia se convierte en la fuerza motriz del estudiante sincero, siendo directamente proporcional a la sabiduría, pues cuanto más sabio es un hombre, más ignorante resulta ante sí mismo.

El hombre temeroso rehúye la mirada profunda y fundamenta su saber en la efímera seguridad que ofrece el conocimiento aquilatado, rígido e inamovible. Ese saber limitante es la conquista de quién no es sino rehén de su cortoplacismo, pues nadie está más alejado de la realidad que aquel que pretende haber llegado a una meta. No hay camino. Andar es el camino.

Sí. Más allá de esas dualidades verticales existe una realidad horizontal, una dimensión donde el único proceso vivo es el del aprendizaje constante, un estado en el que todos somos aprendices, ejecutores y maestros, un lugar en que desaparecen los *nadies*.

**Kenshinkan dôjô 2021**